

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIII, número 16 (2.713)

Ciudad del Vaticano

16 de abril de 2021



Caminando
en la fe y en
la esperanza

El Papa Francisco celebra la misa en Santo Spirito in Sassia en el segundo domingo de Pascua

Misericordiosos por ser misericordiados

Es difícil volverse «misericordiosos» sin la conciencia de «ser misericordiado»: lo dijo el Papa Francisco durante la misa celebrada en Santo Spirito in Sassia la mañana del 11 de abril, segundo domingo de Pascua, fiesta de la Divina Misericordia. Con el Pontífice concelebraron el arzobispo Rino Fisichella, presidente del Pontificio consejo de la Promoción de la nueva evangelización, monseñor Jozef Bart, rector de la iglesia, y algunos misioneros de la misericordia en representación de los miles instituidos durante el Jubileo extraordinario que se celebró entre el 2015 y el 2016. Entre los presentes —que el Papa quiso saludar personalmente al finalizar la misa— un grupo de detenidos y de detenidas de las cárceles romanas de Regina Coeli, Rebibbia y Casal del Marmo, algunas hermanas hospitalarias de la Misericordia, una representación de enfermeras del cercano hospital Santo Spirito en Sassia, algunas personas con discapacidad, una familia de migrantes de Argentina, un grupo de refugiados procedentes de Siria, Nigeria y Egipto: dos personas egipcias pertenecientes a la Iglesia copta y un voluntario Cáritas sirio pertenencia a la Iglesia católica siria. Las lecturas fueron proclamadas por un seminarista instituido lector, mientras que el servicio litúrgico fue realizado por los jóvenes de una parroquia de la periferia de Roma. Estaban presentes además los voluntarios del dicasterio de la nueva evangelización —encargado de organizar la celebración— que tiene la competencia sobre todo lo que se refiere a la espiritualidad de la Divina Misericordia. Colaboraron también los voluntarios de la Asociación nacional carabímeros. A continuación la humilla del Papa.

Jesús resucitado se aparece a los discípulos varias veces. Consuela con paciencia sus corazones desanimados. De este modo realiza, después de su resurrección, la “resurrección de los discípulos”. Y ellos, reanimados por Jesús, cambian de vida. Antes, tantas palabras y tantos ejemplos del Señor no habían logrado transformarlos. Ahora, en Pascua, sucede algo nuevo. Y se lleva a cabo en el signo de la misericordia. Jesús los vuelve a levantar con la misericordia los vuelve a levantar con la misericordia y ellos, misericordiados, se vuelven misericordiosos. Es muy difícil ser misericordioso si uno de se da cuenta de ser misericordiado. 1. Ante todo, son misericordiados por medio de tres dones: primero Jesús les ofrece la paz, después el Espíritu, y finalmente las llagas. En primer lugar, les da la paz. Los discípulos estaban angustiados. Se habían encerrado en casa por temor, por miedo a ser arrestados y correr la misma suerte del Maestro. Pero no sólo estaban encerrados en casa, también estaban encerrados en sus remordimientos. Habían aban-



donado y negado a Jesús. Se sentían incapaces, buenos para nada, inadecuados. Jesús llega y les repite dos veces: «¡La paz esté con ustedes!». No da una paz que quite a los problemas del medio, sino una paz que infunde confianza dentro. No es una paz exterior, sino la paz del corazón. Dice: «¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes» (Jn 20,21). Es como si dijera: “Los mando porque creo en ustedes”. Aquellos discípulos desalentados son reconciliados consigo mismos. La paz de Jesús los hace pasar del remordimiento a la misión. En efecto, la paz de Jesús suscita la misión. No es tranquilidad, no es comodidad, es salir de sí mismo. La paz de Jesús libera de las cerrazones que paralizan, rompe las cadenas que aprisionan el corazón. Y los discípulos se sienten misericordiados: sienten que Dios no los condena, no los humilla, sino que cree en ellos. Sí, cree en nosotros más de lo que nosotros creemos en nosotros mismos. “Nos ama más de lo que nosotros mismos nos amamos” (cf. S. J.H. Newman, Meditaciones y devociones, III,12,2). Para Dios ninguno es incompetente, ninguno es inútil, ninguno está excluido. Jesús hoy repite una vez más: “Paz a ti, que eres valioso a mis ojos. Paz a ti, que tienes una misión. Nadie puede realizarla en tu lugar. Eres insustituible. Y Yo creo en ti”. En segundo lugar, Jesús misericordia a los discípulos dándoles el Espíritu Santo. Lo otorga para la remisión

de los pecados (cf. vv. 22-23). Los discípulos eran culpables, habían huido abandonando al Maestro. Y el pecado atormenta, el mal tiene su precio. Siempre tenemos presente nuestro pecado, dice el Salmo (cf. 51,5). Sólo Dios lo quita, sólo Él con su misericordia nos hace salir de nuestras miserias más profundas. Como aquellos discípulos, necesitamos dejarnos perdonar, decir desde lo profundo del corazón: “Perdón Señor”. Abrir el co-

razón para dejarse perdonar. El perdón en el Espíritu Santo es el don pascual para resurgir interiormente. Pidamos la gracia de acogerlo, de abrazar el Sacramento del perdón. Y de comprender que en el centro de la Confesión no estamos nosotros con nuestros pecados, sino Dios con su misericordia. No nos confesamos para hundirnos, sino para dejarnos levantar. Lo necesitamos mucho, todos. Lo necesitamos, así como los niños pequeños, todas las veces que

caen, necesitan que el papá los vuelva a levantar. También nosotros caemos con frecuencia. Y la mano del Padre está lista para volver a ponernos en pie y hacer que sigamos adelante. Esta mano segura y confiable es la Confesión. Es el Sacramento que vuelve a levantarnos, que no nos deja tirados, llorando

discípulos se volvieron misericordiosos. Lo vemos en la primera Lectura. Los Hechos de los Apóstoles relatan que «nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común» (4,32). No es comunismo, es cristianismo en estado puro. Y es mucho más sorprendente si pensamos que esos mis-

La paz de Jesús suscita la misión. No es tranquilidad, no es comodidad, es salir de sí mismo. La paz de Jesús libera de las cerrazones que paralizan, rompe las cadenas que aprisionan el corazón.

contra el duro suelo de nuestras caídas. Es el Sacramento de la resurrección, es misericordia pura. Y el que recibe las confesiones debe hacer sentir la dulzura de la misericordia. Este es el camino de los sacerdotes que reciben las confesiones de la gente: hacerles sentir la dulzura de la misericordia de Jesús que perdona todo. Dios perdona todo.

Después de la paz que rehabilita y el perdón que realza, el tercer don con el que Jesús misericordia a los discípulos es ofrecerles sus llagas. Esas llagas nos han curado (cf. 1 P 2,24; Is 53,5). Pero, ¿cómo puede curarnos una herida? Con la misericordia. En esas llagas, como Tomás, experimentamos que Dios nos ama hasta el extremo, que ha hecho suyas nuestras heridas, que ha cargado en su cuerpo nuestras fragilidades. Las llagas son canales abiertos entre Él y nosotros, que derraman misericordia sobre nuestras miserias. Las llagas son los caminos que Dios ha abierto completamente para que entremos en su ternura y experimentemos quién es Él, y no dudemos más de su misericordia. Adorando, besando sus llagas descubrimos que cada una de nuestras debilidades es acogida en su ternura. Esto sucede en cada Misa, donde Jesús nos ofrece su cuerpo llagado y resucitado; lo tocamos y Él toca nuestra vida. Y hace descender el Cielo en nosotros. El resplandor de sus llagas disipa la oscuridad que nosotros llevamos dentro. Y nosotros, como Tomás, encontramos a Dios, lo descubrimos íntimo y cercano, y conmovidos le decimos: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28). Y todo nace aquí, en la gracia de ser misericordiados. Aquí comienza el camino cristiano. En cambio, si nos apoyamos en nuestras capacidades, en la eficacia de nuestras estructuras y proyectos, no iremos lejos. Sólo si acogemos el amor de Dios podremos dar algo nuevo al mundo. 2. Así, misericordiados, los

mos discípulos poco tiempo antes habían discutido sobre recompensas y honores, sobre quién era el más grande entre ellos (cf. Mc 10,37; Lc 22,24). Ahora comparten todo, tienen «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32). ¿Cómo cambiaron tanto? Vieron en los demás la misma misericordia que había transformado sus vidas. Descubrieron que tenían en común la misión, que tenían en común el perdón y el Cuerpo de Jesús; compartir los bienes terrenos resultó una consecuencia natural. El texto dice después que «no había ningún necesitado entre ellos» (v. 34). Sus ternuras se habían desvanecido tocando las llagas del Señor, ahora no tienen miedo de curar las llagas de los necesitados. Porque allí ven a Jesús. Porque allí está Jesús, en las llagas de los necesitados.

Hermana, hermano, ¿quieres una prueba de que Dios ha tocado tu vida? Comprueba si te inclinas ante las heridas de los demás. Hoy es el día para preguntarnos: “Yo, que tantas veces recibí la paz de Dios, que tantas veces recibí su perdón y su misericordia, ¿soy misericordioso con los demás? Yo, que tantas veces me he alimentado con el Cuerpo de Jesús, ¿qué hago para dar de comer al pobre?”. No permanezcamos indiferentes. No vivamos una fe a medias, que recibe pero no da, que acoge el don pero no se hace don. Hemos sido misericordiados, seamos misericordiosos. Porque si el amor termina en nosotros mismos, la fe se seca en un intimismo estéril. Sin los otros se vuelve desencarnada. Sin las obras de misericordia muere (cf. St 2,17). Hermanos, hermanas, dejémosnos resucitar por la paz, el perdón y las llagas de Jesús misericordioso. Y pidamos la gracia de convertirnos en testigos de misericordia. Sólo así la fe estará viva. Y la vida será unificada. Sólo así anunciaremos el Evangelio de Dios, que es Evangelio de misericordia.

El Regina coeli

Cercanía y servicio a quien está en dificultad

Al finalizar la misa celebrada en la iglesia del Spirito in Sassia, el Papa Francisco introdujo con estas palabras la oración del Regina coeli.

Antes de terminar esta celebración, me gustaría dar las gracias a los que han colaborado en su preparación y retransmisión en directo.

Y saludo a todos los que se han conectado a través de los medios de comunicación. Dirijo un saludo especial a los que estáis presentes aquí en la iglesia del Santo Spirito in Sassia, Santuario de la Divina Misericordia: a los fieles habituales, al personal de enfermería, a los reclusos, a las personas con discapacidad, a los refugiados y emigrantes, a las Hermanas Hospitalarias de la Divina Misericordia y a los voluntarios de la Protección Civil. Vosotros representáis algunas de las situaciones en las que la misericordia se hace concreta, se vuelve cercanía, servicio, atención a las personas en dificultad. Ojalá os sintáis siempre misericordiados para ser a vuestra vez misericordiosos. ¡Qué la Virgen María, Madre de la Misericordia, nos conceda a todos esta gracia!

Presentado el simposio internacional previsto para febrero del próximo año

Teología fundamental del sacerdocio

Al acercarse la Jornada mundial de oración por las vocaciones —que se celebra el próximo 25 de abril— y en vista de una cada vez mayor valorización de la sinodalidad en el Iglesia, se presentó el lunes 12, el proyecto de un simposio teológico sobre las vocaciones, previsto en Roma del 17 al 19 de febrero de 2022. El elemento de partida para la reflexión será lo que dijo el Papa Francisco en el 2015: «El camino de la sinodalidad es el camino que Dios se espera de la Iglesia del tercer milenio». Tema del encuentro: «Por una teología fundamental del sacerdocio». Lo promueve la Congregación para los obispos. En la presentación, que tuvo lugar en directo *streaming* desde la

consagración de la propia vida al ministerio sacerdotal, de hecho, implica a toda la persona y puede ser justificada solo en una perspectiva oblativa siguiendo a Cristo en una dinámica trinitaria. Don Siret hizo notar, en particular, que «el amor está en la raíz del don de sí mismo». Y, por tanto, también la lucha emprendida contra todas las formas de abuso por parte de los clérigos —cuya fuente identifica el Papa Francisco en el clericalismo— solo puede llevarse a cabo con claridad teológica. Por su parte, Michéline Tenace subrayó cómo uno de los objetivos del simposio es el de reflexionar sobre la relación entre sacerdocio ministerial y sacerdocio co-



Sala de Prensa de la Santa Sede, intervinieron el cardenal prefecto del dicasterio, Marc Ouellet; don Vincent Siret, rector del Pontificio Seminario francés en Roma, conectado en remoto; y Michéline Tenace, profesora de teología en la Pontificia Universidad Gregoriana. Sinodalidad, explicó el purpurado, significa fundamentalmente la participación activa de todos los fieles en la misión de la Iglesia. El concepto describe la marcha solidaria del pueblo de los bautizados hacia el Reino que «se construye diariamente en la familia, en el trabajo, así como en la vida social y eclesial en todas sus formas». Esto, añadió, «requiere una vida de fe y una estrecha colaboración entre laicos, sacerdotes, religiosos y religiosas, para el anuncio del Evangelio al mundo a través del testimonio convincente de las comunidades cristianas». Esta dimensión sinodal de la Iglesia sinodal corresponde a las orientaciones del Concilio Vaticano II, que todavía hoy necesitan profundizaciones teológicas y pastorales. En cuanto al programa, el simposio —explicó el cardenal— consistirá en una sesión de tres días, abierta a todos, pero destinada especialmente a los obispos y a todos aquellos, hombres y mujeres, que se ocupan de teología «para profundizar en la comprensión de las vocaciones y en la importancia de la comunión entre las distintas vocaciones en la Iglesia». Le hizo eco don Vincent Siret, quien afirmó que reflexionar sobre la teología fundamental del sacerdocio permitirá también volver sobre la justificación del celibato sacerdotal y sobre el modo en el que es vivido. Se trata, dijo, de un servicio hecho sobre todo a aquellos que se preparan para re-

mún. La docente explicó que los ministros ordenados son «indispensables porque custodian la vida divina a través de los sacramentos de la Eucaristía y el perdón de los pecados», mientras que el pueblo de Dios custodia «la vida divina a través de la construcción de la Iglesia en el testimonio de la caridad y el crecimiento de los carismas». No se puede, por tanto, «concebir uno sin el otro». Cuando se dice que «el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles se refieren al único sacerdocio de Cristo», se dice «una verdad muy ardua», porque «hay una responsabilidad mutua entre la comunidad de los bautizados y los sacerdotes». La falta de vocaciones sacerdotales, evidenció Tenace, significa que «la comunidad cristiana se ha empobrecido: no da ni recibe sacerdotes». Otro tema importante que será afrontado es la teología de la vocación. Es de hecho «es el intercambio de dones y la atención a la vocación de cada uno lo que construye la Iglesia de Cristo». De aquí la idea guía del simposio: «Profundizar en la teología del sacerdocio, reafirmar los rasgos esenciales de la tradición católica sobre la identidad del sacerdote, liberándola quizás de una cierta clericalización». De hecho, observó, la clericalización es «un peligro tanto para los sacerdotes como para los fieles: identifica el sacerdocio con el poder y no con el servicio, el ser un *alter Christus* en el altar como un privilegio y no como una responsabilidad que concierne a todos los fieles». El clericalismo es «se deriva de una visión aislada del sacerdote». Y el Papa Francisco, recordó la teóloga, a menudo llama «la atención sobre este peligro».

Una invitación a aprender de José el «arte de la paternidad» está contenida en el discurso que el Papa entregó la mañana del jueves 18 de marzo, a la comunidad del Pontificio Colegio belga, que recibió en audiencia en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano, con ocasión de los 175 años de la institución.

Queridos hermanos:

Me alegra recibirlos con motivo del 175º aniversario de vuestro Colegio, el Pontificio Colegio Belga, que tuvo entre sus alumnos a san Juan Pablo II. Agradezco al rector, Monseñor Smet, sus palabras de presentación. En la víspera de la solemnidad de san José, en este año dedicado a él, y sabiendo que el Colegio Belga tiene como patrono celestial al Custodio del Redentor, podemos mirar hacia él, como ministros de Cristo, para esbozar algunas consideraciones sobre la identidad del pastor y el modo de ejercer la paternidad con los que nos han sido confiados. Como sabéis, la paternidad es el tema principal de la carta apostólica *Patris corde*, que escribí para celebrar el 150 aniversario de la proclamación de san José como patrono de la Iglesia Universal. En primer lugar, san José es un padre que acoge. En efecto, tras superar toda rebeldía y dejar de lado sus planes personales, aunque fueran legítimos, amó y acogió a María y a Jesús, una esposa y un hijo muy diferentes de la visión de la vida familiar que él hubiera deseado, pero por ello tanto más custodiados y amados por él. Por lo tanto, José no buscó explicaciones para la sorprendente y misteriosa realidad con la que se encontró, sino que la acogió con fe, amándola así como era. En este sentido, san José es un maestro de vida espiritual y de discernimiento, y podemos invocarlo para que nos libere de las ataduras de las demasiadas reflexiones en las que a veces acabamos perdiéndonos, incluso con las mejores intenciones. Manifiestan nuestra tendencia a «aferrar» y «poseer» lo que nos sucede, en lugar de acogerlo en primer lugar tal como se nos presenta. Pensemos —por poner un ejemplo concreto y cercano a nosotros— en un sacerdote que llega a una nueva parroquia. Esa comunidad le preexiste, tiene su propia historia, hecha de alegrías y de heridas,

La audiencia al Pontificio Colegio belga

Aprender de José el arte de la paternidad

de riquezas y de pequeñas miserias, que no puede ser ignorada en nombre de ideas y de planes pastorales personales que uno no ve el momento de aplicar. Este es un riesgo en el que podemos caer. El nuevo párroco debe amar primero a la comunidad, gratuitamente, sólo porque ha sido enviado a ella; y poco a poco, amándola, la conocerá a fondo y podrá contribuir a encaminarla por nuevos senderos. San José es además un padre que custodia. Ser custodio es una parte esencial de su vocación y misión. Es una tarea que José vivió «con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende»; la vivió «con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio» (*Homilía*, 19 de marzo de 2013). Por eso, cumplió esta tarea con la libertad interior del siervo bueno y fiel que sólo desea el bien de los que le han sido confiados. Custodiar —para José, como para todo sacerdote que se inspira en él para su propia paternidad— significa amar con ternura a quienes nos han sido confiados, pensando ante todo en su bien y en su felicidad, con discreción y con perseverante generosidad. Custodiar es una actitud interior, que conduce a no perder nunca de vista a los demás, sopesando en cada caso cuándo retirarse y cuándo acercarse, pero manteniendo siempre un corazón vigilante, atento y orante. Es la actitud del pastor, que nunca abandona a su rebaño, sino que, respecto al mismo, se coloca en una posición diferente según las necesidades concretas del momento: delante para abrir el camino, en medio para animar, detrás para recoger a los últimos. Es a lo que está llamado el sacerdote en su relación con la comunidad que le ha sido confiada, es decir, a ser un custodio atento y dispuesto a cambiar, según lo que la situación requiera; a no ser «monolítico», rígido y como enyesado en un modo de ejercer el ministerio que quizá sea bueno en sí mismo, pero que no es capaz de captar los cambios y las necesidades de la comunidad. En cambio, cuando un pastor ama y conoce a su rebaño, sabe hacerse esclavo de todos (cf. 1 Cor 9,19) y hacerse todo a todos

para salvar a toda costa a algunos (cf. 1 Cor 9,22), como escribió San Pablo. No se pone a sí mismo y a sus propias ideas en el centro, sino el bien de aquellos a los que está llamado a cuidar, evitando las tentaciones opuestas del dominio y del descuido. Por último, san José es un padre que sueña. No un «soñador» en el sentido de alguien con la cabeza en las nubes, alejado de la realidad, no, sino un hombre que sabe mirar más allá de lo que ve: con una mirada profética, capaz de reconocer el plan de Dios donde otros no ven nada, y de tener así una meta clara hacia la que tender. En efecto, san José supo ver en María y en Jesús no sólo a una joven esposa y a un niño: siempre veía en ellos la acción de Dios, la presencia de Dios. Así, custodiando la fragilidad del Niño y de su Madre, José miró más allá de sus deberes de padre de familia y, prefiriendo creer a Dios más que a sus propias dudas, se ofreció a Él como un instrumento para la realización de un plan más grande, en un servicio prestado de forma apartada, generoso e incansable, hasta el silencioso final de su propia vida. Del mismo modo para los sacerdotes, es necesario saber soñar con la comunidad que se ama, no limitándose a querer conservar lo que existe —conservar y custodiar no son sinónimos!— estar dispuestos, en cambio, a partir de la historia concreta de las personas para promover la conversión y la renovación en sentido misionero, y hacer crecer una comunidad en marcha, formada por discípulos guiados por el Espíritu e «impulsados» por el amor de Dios (cf. 2 Co 5,14). Queridos sacerdotes, en este año dedicado a él, os invito a redescubrir de modo particular en la oración la figura y la misión de san José, dócil a la voluntad de Dios, humilde autor de grandes empresas, siervo obediente y creativo. Os hará bien ponerlos a vosotros mismos y a vuestras vocaciones bajo su manto y aprender de él el arte de la paternidad, que pronto estaréis llamados a ejercer en las comunidades y en los ámbitos y servicios ministeriales que os encomienden. Os acompaño con mi oración y mi bendición. Y vosotros también, por favor, rezad por mí. Gracias.

En una carta al semanario «Alfa y Omega» el Pontífice recuerda la experiencia de oración El joven Bergoglio «adorador nocturno»

Alessandro De Carolis y Benedetta Capelli

«Me emocionó»: así escribe el Papa Francisco en una carta enviada a la revista «Alfa y Omega», después de haber recibido la fotocopia de un registro conservado en los archivos de la basílica del Santísimo Sacramento de Buenos Aires, en el cual eran anotados los nombres de los «adoradores nocturnos», es decir las personas que por la noche desde las 21:00 se alternaban en turnos de oración delante de la Eucaristía, una práctica que se realizaba en la basílica desde 1917. Entre esos nombres aparece el de Jorge Mario Bergoglio y el de su hermano Óscar, que entre 1954 y 1955 compartieron esta experiencia marcada por una figura fundamental, la del padre José Aristi, religioso sacramentino, provincial de su Congregación, que pasó infinitas horas de su vida de sacerdote en el confesionario. Una figura de la misericordia, amada y central en la vida de quien se convertiría en Papa.

Sábados de oración

«Venite adoremus» es la frase que Francisco recuerda con «emoción». La

usaban los adoradores para despertar a la persona que venía en el turno después de ellos. Desde su casa de Flores, en la periferia de Buenos Aires, el joven Jorge — recuerda la revista — iba en autobús al centro de la ciudad para llegar a la basílica del Santísimo Sacramento, y muchos fueron los sábados por la noche que pasó rezando. La adoración empezaba hacia las nueve de la noche, después la predicación del padre Aristi, explica el Papa en la carta. La llama de la vocación ya se había encendido, pero, escribe, la que llevaba era «una vida cristiana normal». Después llegó la experiencia de esas noches de adoración que le marcaron profundamente.

Esta cruz no puede acabar bajo tierra

Cuando el padre Aristi muere en la vigilia de Pascua de 1996, monseñor Bergoglio, entonces obispo auxiliar, baja a la cripta de la basílica donde estaba el cuerpo y mientras depositaba las flores realizó un gesto casi por impulso. Cuenta Francisco que tomó «la cruz del rosario y la arranqué con un poco de fuerza». «En ese momento miré al sacerdote y le dije: «Dame la mitad de tu misericordia» y «sentí algo fuerte que me dio el valor para hacerlo». El único testigo de ese ges-

to, explica la revista, es el sacerdote sacramentino Andrés Taborda. «Recordando que dijo: «Fue mi confesor. Con este rosario en la mano absolvió a muchísimos pecadores; no es posible que se lo lleve bajo tierra»».

El rosario en el bolsillo que no está

La revista cuenta también la anécdota de Diego Vidal, un laico que desde hace años coordina a los adoradores nocturnos en la basílica. Cuenta: «En un congreso eucarístico, en una provincia lejos de Buenos Aires, pasó el entonces arzobispo caminando delante de mí y le pregunté si conocía al padre Aristi. Se frenó inmediatamente y me respondió: «¿Qué si le conozco?». Y sacó de dentro de su ropa el rosario del sacerdote». Desde entonces para el obispo y cardenal Bergoglio, y hoy para el Papa Francisco, la cruz del rosario de padre Aristi es una compañera inseparable. «Esa cruz me la metí aquí, en el bolsillo — escribe—. Las camisetas del Papa no tienen bolsillos, pero yo siempre llevo una bolsita de tela pequeña, y desde entonces hasta ahora, y mi mano se dirige aquí siempre. ¡Siento la gracia! Hace mucho bien el ejemplo de un sacerdote misericordioso, de un sacerdote que se acerca a las heridas...».

El viaje en Irak (5-8 de marzo de 2021)

Entre fraternidad



MIGUEL ÁNGEL AYUSO GUIXOT

El Papa Francisco en su viaje apostólico a Irak se hizo de nuevo "peregrino" en el camino de la fraternidad: «Voy como peregrino de paz en busca de la fraternidad, animado por el deseo de rezar juntos y de caminar juntos, también con los hermanos y hermanas de otras tradiciones religiosas, en el signo del padre Abrahán, que une a musulmanes, judíos y cristianos en una sola familia» (Video-mensaje 3 de marzo de 2021).

Es una peregrinación que el Santo Padre ha realizado desde el inicio de su pontificado, hace ocho años; una peregrinación para fortalecer la fraternidad humana que ha tenido etapas muy significativas y un impulso creciente. Por mirar sólo el año 2019: el viaje a los Emiratos Árabes Unidos, con la

firma del *Documento sobre la Fraternidad Humana* por la paz mundial y la convivencia común firmado junto con el Gran Imán Al-Tayyeb de Al-Azhar, y luego el viaje a Marruecos con el llamamiento por la ciudad de Jerusalén firmado junto con el Rey Mohammed VI; luego el Pontífice propuso el tema de la fraternidad humana a países como Tailandia y Japón con una mayoría religiosa muy diferente a los demás. Ni siquiera durante los 15 meses de inmovilidad forzosa, debido a la pandemia del covid-19, el Papa dejó de hacerse peregrino en el camino de la fraternidad. Ejemplos de ello son la oración del pasado 27 de marzo en la Plaza de San Pedro, en la que nos dijo que todos estamos en la misma barca, pero todos estamos llamados a remar juntos porque nadie se salva solo. Luego, el 3 de

octubre siguiente, la publicación de la encíclica *Fratelli tutti*, que es una invitación concreta a la fraternidad y a la amistad social que concierne a todo hombre y a toda mujer, creyente o no creyente, y en la que se subraya la importancia del diálogo. También recuerdo, el pasado 4 de febrero, su participación virtual en el primer Día Mundial de la Fraternidad Humana, convocado por la ONU, en el que también dijo: «O somos hermanos, permítanme, o todo se derrumba. Es la frontera... sobre la que debemos construir; es el reto de nuestro tiempo». Y aquí está el Papa Francisco peregrinando en otra frontera, la de Irak.

Un viaje destinado a ser una página histórica para todas las religiones y para toda la humanidad. Dios es el Creador de todo y de todos, por tanto somos miembros de una única familia y como tal debemos reconocernos. Este es el criterio fundamental que ofrece la fe para pasar de la mera tolerancia a la convivencia fraterna, para interpretar las diferencias que existen entre nosotros, para desactivar la violencia y vivir como hermanos. Por lo tanto, la colaboración interreligiosa debe y puede apoyar también los derechos de todos los seres humanos, en todas las partes del mundo y en todos los tiempos.

Todos somos miembros de la única familia humana y, como tales, tenemos los mismos derechos y deberes como ciudadanos de este mundo.

En la base de nuestra colaboración y diálogo están las raíces comunes de nuestra humanidad, por lo que para dialogar no partimos de la nada: ya existe nuestra condición humana que compartimos, con todos sus aspectos existenciales y prácticos, que es un buen terreno de encuentro.

Por lo tanto, la relación entre el diálogo interreligioso, la fraternidad humana y la perspectiva de la paz es ineludible y se ha vuelto

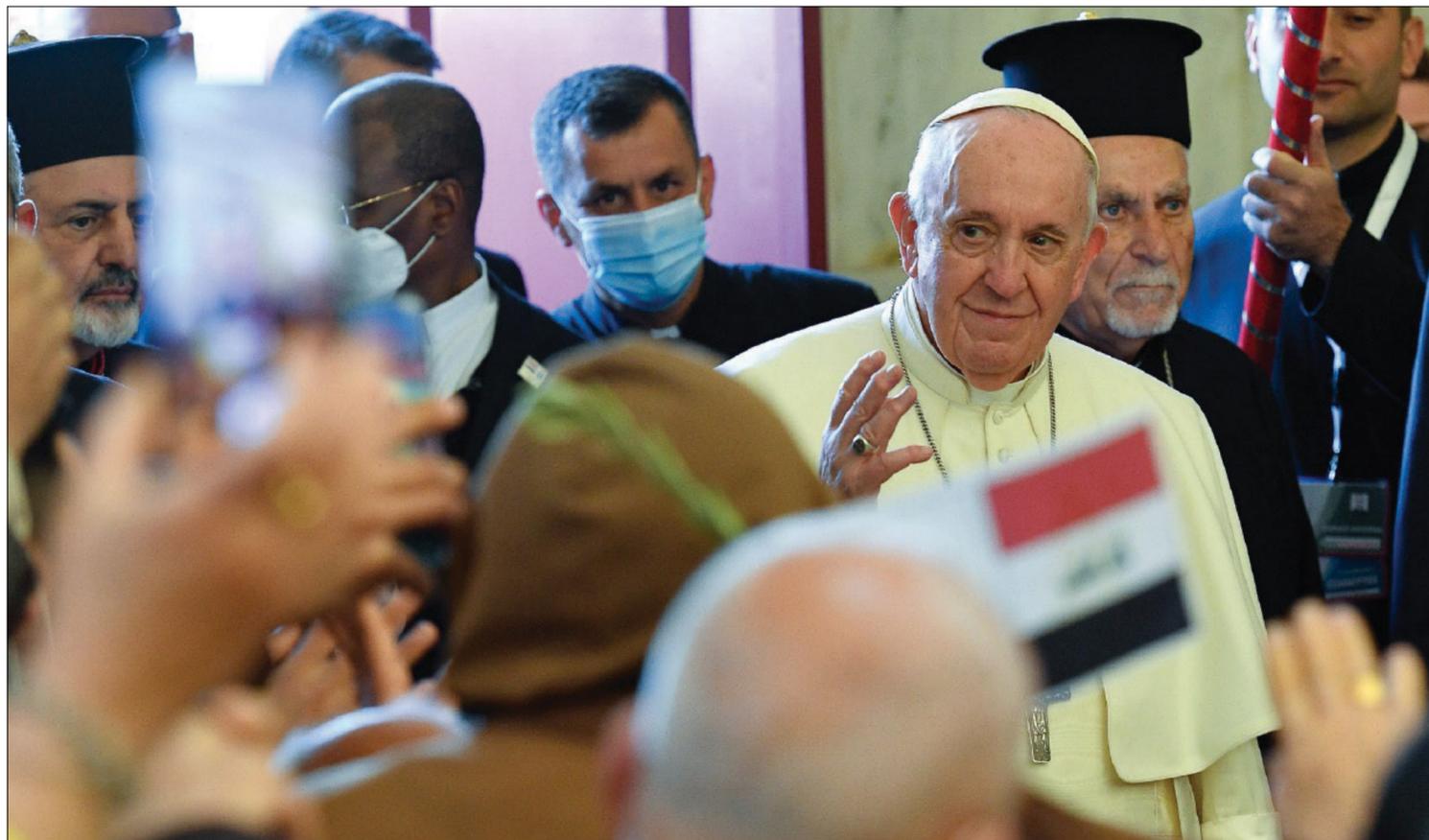


tan estrecha que ni siquiera podemos imaginar estas realidades separadas; la de las religiones que se encuentran, se hablan, se conocen, se reconocen en un camino de fraternidad, cada una de ellas como constructora de la paz allí donde actúan, y la de la paz que necesita más que en el pasado que la Iglesia católica y las demás religiones actúen juntas para prevenir, y eliminar, todo lo que pueda conducir a divisiones y conflictos.

Con el Gran Ayatolá Al-Sistani

El primer viaje de un Papa a Irak fue también el primero de un Pontífice a un país de mayoría chiíta. La visita de cortesía al Gran Ayatolá Sayyid Ali Al-Husaymi Al-Sistani, una de las personalidades más simbólicas y significativas del mundo chiíta, fue realmente importante y fue en la dirección precisamente de la construcción de esta fraternidad entre cristianos y musulmanes. Al-Sistani, siempre se ha manifestado a favor de la coexistencia pacífica dentro de Irak, diciendo que todos los grupos étnicos, religiosos, forman parte del país y por ello el Santo Padre le dio las gracias. Dijo: «Sentí el deber de hacer esta peregrinación de fe y penitencia, y de visitar a un grande, a un sabio, a un hombre de Dios» (Conferencia de prensa en el vuelo de regreso).

Tuve el privilegio de ser uno de los testigos del encuentro, que se caracterizó por actitudes nada protocolarias -empezando por la duración que fue más allá de lo previsto- con el Gran Ayatolá que se levantó para recibir al Pontífice y al final se levantó de nuevo para acompañarlo y volvió a llamarlo y se volvieron a encontrar varias veces. Un claro ambiente de cortesía, de acogida. Conociendo al Papa Francisco y conociendo la personalidad de Al-Sistani, pude comprobar una vez más lo importante que es poder trabajar juntos en un espíritu de hermandad para crear un mundo mejor. Un mundo que, a través de la "cultura de la inclusión", muestre más igualdad, para que haya más bienestar, para que haya más solidaridad en beneficio de toda la humanidad. No faltó la reacción del mundo islámico, que siguió el viaje con



2021)

y diálogo



verdadero interés. El Gran Imán Al-Tayyeb de Al-Azhar escribió en su cuenta de Twitter el 5 de marzo: «La histórica y valiente visita de mi hermano @Pontifex a Irak envía un mensaje de paz, solidaridad y apoyo a todo el pueblo iraquí. Ruego a Alá Todopoderoso que le conceda éxito y que su viaje logre el resultado deseado para seguir en el camino de la fraternidad humana».

También se dio amplio espacio a los medios de comunicación iraníes, que relanzaron el énfasis gubernamental sobre el alcance de esta reunión por la paz. «Muy positivo y muy importante», lo califica el portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores, Saeed Khatibzadeh, en el primer comentario de Teherán sobre el viaje. En la misma línea se sitúan los comunicados del Alto Comité para la Fraternidad Humana y del Instituto Al-Khoei de Nayaf, cuyo secretario general, Sayyed Jawad Mohammed Taqi Al-Khoei, señaló que es necesario seguir reforzando las relaciones como instituciones y personas. «Pronto viajaremos al Vaticano para que este diálogo continúe, se desarrolle y no se detenga aquí. El mundo se enfrenta a retos comunes y estos retos no pueden ser resueltos por ningún estado, institución o persona, en solitario, sin la coordinación y cooperación de todos y en todo el mundo», dijo.

El encuentro interreligioso en Ur

El encuentro de Ur, en la ciudad de la que partió el Patriarca Abrahán, fue una ocasión para rezar junto a los creyentes de otras tradiciones religiosas, en particular los musulmanes, para redescubrir

las razones de una convivencia entre hermanos, con el fin de reconstruir un tejido social más allá de las facciones y las etnias, y lanzar un mensaje a Oriente Medio y al mundo entero.

Es como Abrahán, que obedece con fe y por fe continúa, incluso ante el sacrificio que Dios le pide: este es el desafío que en suelo iraquí el Papa lanzó a las religiones, a la política interior, exterior e internacional. Un nuevo pacto de Ur, concreto, para que ya no haya que decir: «hemos cerrado las puertas a la paz» (Francisco, Oración por las víctimas de Mosul, 7 de marzo). El Pontífice se reunió con los distintos exponentes religiosos, pidiéndoles que redescubrieran la raíz común, se reconocieran en ella y desde ahí volvieran a empezar.

Dios, dijo al principio de su discurso, «le pidió a Abrahán que mirara el ciclo y contara las estrellas (cf. Gen 15, 5). En esas estrellas vio la promesa de su descendencia, nos vio a nosotros. Y hoy nosotros, judíos, cristianos y musulmanes, junto con los hermanos y las hermanas de otras religiones, honramos al padre Abrahán del mismo modo que él: miramos al cielo y caminamos en la tierra».

Pensé en lo que dijo en su discurso en el Founder's Memorial en Abu Dabi el 4 de febrero de 2019, cuando afirmó que las religiones deben ser la voz de los últimos y estar del lado de los pobres, vigilando «como centinelas de la fraternidad en la noche de los conflictos». Incluso en la Llanura de Ur, el Papa Bergoglio no habló de una hermandad teórica, sino que pidió a todos que se comprometie-



de pasar de la mera tolerancia a la convivencia fraternal que exige el pleno reconocimiento de la ciudadanía. La plena ciudadanía es un elemento fundamental para preservar la identidad. Por ello, es necesario trabajar con respeto y amistad por el bien común, más allá de las diferencias religiosas y de las cuestiones de mayorías y minorías. Este es un ámbito en el que no importa cuántos seamos en una

pasando de la diversidad respetuosa a la comunión de valores compartidos, a partir de la cual podemos recrear esa convivencia que no es tolerancia sino capacidad de vivir en la diversidad.

Francisco reafirmó los principios de igualdad entre todos los componentes étnicos, sociales y religiosos del país basados en la ciudadanía; en este camino le acompañó el propio Al-Sistani, que en

las que pertenecemos, somos hermanos, por lo que los cristianos no son extranjeros.

Los grandes líderes religiosos del mundo cristiano y musulmán, por tanto, han ido más allá de una idea genérica de tolerancia y protección de las minorías, reducidas a ser sujetos débiles en sus propios países, y han tratado de combinar los derechos civiles y la libertad religiosa, la visión espiritual y la convivencia en nombre de una paz que no es formal sino practicada y vivida. «Es indispensable asegurar la participación de todos los grupos políticos, sociales y religiosos, y garantizar los derechos fundamentales de todos los ciudadanos. Que ninguno sea considerado ciudadano de segunda clase» (Francisco, *Discurso a las autoridades*, 5 de marzo).

Irak, que es sin duda el país árabe más rico desde el punto de vista étnico, religioso, cultural y lingüístico, constituye un hermoso mosaico que hay que recomponer y atesorar cuidadosamente. Las diversidades legítimas son una riqueza y no deben percibirse como una amenaza.

La visita del Santo Padre fue, en efecto, una oportunidad muy favorable para que, aun siendo una minoría en esta tierra, los cristianos no se sientan marginados, sino efectivamente parte de la vida de toda la Iglesia universal, y no se sientan más una minoría cerrada que lucha por sobrevivir o escapar, sino ciudadanos activos que tienen el derecho y el deber de contribuir al desarrollo de la sociedad.

Su presencia en suelo iraquí no sólo animó a la comunidad católica, sino que mostró la presencia real de los cristianos y la posibilidad de convivir con creyentes de otras religiones.

Todas esas personas reunidas en torno al Santo Padre darán testimonio de la fraternidad humana y de la importancia del diálogo interreligioso.

*Cardenal presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo interreligioso



ran «para que se realice el sueño de Dios: que la familia humana sea hospitalaria y acogedora con todos sus hijos y que, mirando el mismo cielo, camine en paz en la misma tierra».

Pleno reconocimiento de la ciudadanía

Somos conscientes de la necesidad

u otra comunidad: cada persona debe ser respetada en su individualidad, incluyendo claramente a quienes no pertenecen a ninguna tradición religiosa. En Irak, y en general en Oriente Medio, es importante recuperar la conciencia de que somos ciudadanos y creyentes y, como tales, debemos construir la sociedad enriqueciéndola con los valores de nuestras respectivas tradiciones religiosas,

una declaración quiso asegurar su propio compromiso para que «los ciudadanos cristianos vivan como todos los iraquíes en paz y seguridad, con todos sus derechos constitucionales».

Tampoco debemos olvidar las palabras del Gran Imán de Al-Azhar, Ahmad Al-Tayyeb, con motivo de la firma del documento en Abu Dabi, cuando recordó que, a pesar de las diferentes comunidades a

Mensaje a un congreso con ocasión de la apertura del Año especial «Amoris laetitia»

Para custodiar la belleza y curar las heridas de la familia

«Hoy es necesaria una nueva mirada de la Iglesia sobre la familia», para custodiar la belleza y cuidar «de su fragilidad y sus heridas»: lo subrayó el Papa en el mensaje enviado el viernes 19 de marzo al congreso online «Nuestro amor cotidiano», promovido por el Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, por el Vicariato de Roma y del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II, con ocasión de la apertura del Año «Familia Amoris laetitia».

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo a todos vosotros que participáis en la conferencia de estudio sobre el tema “Nuestro amor cotidiano”. Mi pensamiento se dirige en particular al cardenal Kevin Joseph Farrell, prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, al cardenal Angelo De Donatis, vicario de la diócesis de Roma, y a monseñor Vincenzo Paglia, gran canciller del Instituto Teológico Juan Pablo II para las Ciencias del Matrimonio y la Familia.

Hace cinco años se promulgó la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* sobre la belleza y la alegría del amor conyugal y familiar. En este aniversario he invitado a vivir un año de relectura del documento y de reflexión sobre el tema, hasta la celebración de la X Jornada Mundial de las Familias que, si Dios quiere, tendrá lugar en Roma el 26 de junio de 2022. Os agradezco las iniciativas que habéis emprendido con este fin y la contribución que cada uno de vosotros hace en su propio ámbito de trabajo.

Durante este quinquenio, *Amoris*

laetitia ha marcado el inicio de un camino que trata de impulsar un nuevo enfoque pastoral de la realidad de la familia. La intención principal del documento es comunicar, en un tiempo y una cultura profundamente cambiados, que hoy es necesaria una nueva mirada de la Iglesia sobre la familia: no basta con reiterar el valor y la importancia de la doctrina, si no nos convertimos en custodios de la belleza de la familia y si no nos hacemos cargo con compasión de su fragilidad y sus heridas.

Estos dos aspectos están en el corazón de toda la pastoral familiar: la franqueza del anuncio del Evangelio y la ternura del acompañamiento.

Por un lado, anunciamos a las parejas, a los matrimonios y a las familias una Palabra que les ayuda a captar el sentido auténtico de su unión y de su amor, signo e imagen del amor trinitario y de la alianza entre Cristo y la Iglesia. Es la Palabra siempre nueva del Evangelio, de la que puede tomar forma toda doctrina, incluida la de la familia. Y es una Palabra exigente, que quiere liberar las relaciones humanas de la esclavitud que a menudo desfigura su rostro y las hace inestables: la dictadura de las emociones, la exaltación de lo provisional que desalienta los compromisos de por vida, el predominio del individualismo, el miedo al futuro. Frente a estas dificultades, la Iglesia reafirma a los esposos cristianos el valor del matrimonio como proyecto de Dios, como fruto de su gracia y como llamada a ser vivida con totalidad, fidelidad y gratuidad.

Este es el camino para que las relaciones, incluso a través de un recorrido marcado por los fracasos, las caídas y los cambios, se abran a la plenitud de la alegría y la realización humana y se conviertan en un fermento de fraternidad y amor en la sociedad. Por otra parte, este anuncio no puede ni debe darse nunca desde arriba o desde fuera. La Igle-

titulado así vuestra conferencia: “Nuestro amor cotidiano”. Es una elección significativa. Se trata del amor generado por la sencillez y el trabajo silencioso de la vida de pareja, por ese esfuerzo cotidiano y a veces agotador de los cónyuges, de las madres, de los padres, de los hijos. Un Evangelio que se propusiera como una doctrina caída de lo

a conservar el don que habéis recibido.

Anunciar el Evangelio acompañando a las personas y poniéndonos al servicio de su felicidad: así podemos ayudar a las familias a caminar de una manera que responda a su vocación y misión, conscientes de la belleza de los vínculos y de su fundamento en el amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Cuando la familia vive bajo el signo de esta comunión divina, que he querido explicitar en sus aspectos existenciales en *Amoris laetitia*, entonces se convierte en palabra viva de Dios-Amor, pronunciada al mundo y para el mundo. En efecto, la gramática de las relaciones familiares —es decir, de la conyugalidad, de la maternidad, de la paternidad, de la filialidad y de la fraternidad— es la vía por la que se transmite el lenguaje del amor, que da sentido a la vida y calidad humana a toda relación. Es un lenguaje hecho no sólo de palabras, sino también de formas de ser, de cómo hablamos, de las miradas, gestos, tiempos y espacios de nuestra relación con los demás. Los esposos lo saben bien, los padres y los hijos lo aprenden a diario en esta escuela de amor que es la familia. Aquí también tiene lugar la transmisión de la fe entre las generaciones: pasa precisamente a través del lenguaje de las buenas y sanas relaciones que se viven en la familia cada día, especialmente al enfrentar juntos los conflictos y las dificultades.

En este tiempo de pandemia, en medio de tantas dificultades tanto psicológicas como econó-

micas y sanitarias, todo esto ha resultado evidente: los lazos familiares han estado y siguen estando muy probados, pero al mismo tiempo continúan siendo el punto de referencia más firme, el apoyo más fuerte, la salvaguarda insustituible para la estabilidad de toda la comunidad humana y social.

¡Apoyemos, pues, a la familia! Defendámosla de todo lo que comprometa su belleza. Acercuémonos a este misterio de amor con asombro, discreción y ternura. Y comprometámonos a salvaguardar sus vínculos preciosos y delicados: hijos, padres, abuelos... Necesitamos estos vínculos para vivir y vivir bien, para hacer la humanidad más fraterna.

Por lo tanto, el año dedicado a la familia, que comienza hoy, será un momento propicio para continuar la reflexión sobre *Amoris laetitia*. Y por ello os doy las gracias de todo corazón, sabiendo que el Instituto Juan Pablo II puede contribuir de muchas maneras, en diálogo con otras instituciones académicas y pastorales, al desarrollo de la atención humana, espiritual y pastoral en apoyo de la familia. Os encomiendo a vosotros y a vuestro trabajo a la Sagrada Familia de Nazaret; y os pido que hagáis lo mismo conmigo y con mi ministerio

Roma, San Juan de Letrán,
19 de marzo de 2021
Solemnidad de san José,
inicio del Año Familia Amoris
laetitia

FRANCISCO



sia está encarnada en la realidad histórica como lo estuvo su Maestro, e incluso cuando anuncia el Evangelio de la familia lo hace sumergiéndose en la vida real, conociendo de cerca las fatigas cotidianas de los esposos y de los padres, sus problemas, sus sufrimientos, todas esas pequeñas y grandes situaciones que pesan y a veces obstaculizan su camino. Este es el contexto concreto en el que se vive el amor cotidiano. Habéis

alto y no entrara en la “carne” de esta cotidianidad, correría el riesgo de quedarse en una bella teoría y, a veces, de ser vivido como una obligación moral. Estamos llamados a acompañar, a escuchar, a bendecir el camino de las familias; no sólo a trazar la dirección, sino a hacer el camino con ellas; a entrar en las casas con discreción y amor, para decir a los cónyuges: la Iglesia está con vosotros, el Señor está cerca de vosotros, queremos ayudarlos

La campaña del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral

Cancelar la deuda de los países africanos

Una campaña para la cancelación de la deuda de los países africanos ha sido lanzada recientemente por el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral y por la Comisión vaticana Covid-19, en colaboración con realidades católicas locales del continente.

En la presentación de la iniciativa —durante un seminario web celebrado en la tarde del miércoles 7 de abril— el cardenal Peter Kodwo Appiah Turkson, Prefecto del Dicasterio, auspició “un sistema de comprobaciones y controles para que los recursos liberados en beneficio del continente vayan a parar allí donde hay una necesidad real de crecimiento y mejora de las condiciones de los pueblos y las personas”. Nada de cheques en blanco, por tanto, sino la asunción de responsabilidades recíprocas, sobre todo con los que más viven en situaciones de extrema pobreza. De hecho, continuó Turkson, “con los mecanismos de control adecuados podemos asegurar que el dinero donado se destine a promover la salud y la educación, para garantizar ese desarrollo humano integral al que todos los hombres y mujeres, como nos recuerda a menudo el Papa Francisco, tienen derecho”.

Organizada por los dos organismos mencionados en colaboración con Cáritas África, el Simposio de las Conferencias Episcopales de África y Madagascar

(SECAM), la Conferencia Jesuita de África y Madagascar (JCAM), la Asociación de Mujeres Consagradas de África Central y Oriental (ACWECA), la campaña “resulta aún más urgente a causa” de la pandemia en curso, dijo la hermana Alessandra Smerilli, recientemente nombrada subsecretaria del sector Fe y Desarrollo del Dicasterio. “Se parte de África, donde la Iglesia local ha dado forma a una demanda generalizada en la sociedad civil”, continuó la monja italiana y economista de las Hijas de María Auxiliadora, señalando que la contribución del Dicasterio “ha sido y es la de ayudar” a que la campaña por la anulación “adquiera visibilidad internacional, con la esperanza de que se cree un amplio movimiento como en el año 2000. Para que llegue a la atención del G7 y del G20, es decir, de quienes pueden incidir en el tema de manera directa y concreta”.

“Es el momento de mirar, juzgar y actuar en favor de los pobres y los más vulnerables”, comenzó diciendo en la inauguración Monseñor Gabriel Justice Yaw Anokye, Arzobispo de Kumasi (Ghana) y Presidente de Cáritas África. “En tiempos de dificultad y crisis —añadió— podemos ver la acción de Dios en la solidaridad”.

“No podemos dejar de actuar”, se hizo eco el sacerdote nigeriano Henry Terwase Akaabiam,

secretario general de la Secam, “porque si África vive endeudada, el mundo entero vivirá endeudado. Si África va bien, el mundo entero va bien”.

“Es cierto —confirmó don Augusto Zampini, vicesecretario del Dicasterio y miembro de la dirección de la Comisión vaticana Covid-19, impulsada por el Papa hace apenas un año— y mientras pensamos en cómo combatir y vencer la pandemia desde el punto de vista sanitario, debemos tener en cuenta lo que dice Francisco: ¿cómo saldremos de esta crisis, mejor o peor? Porque hay que recordar que esta crisis no es aislada, sino que está conectada con otras anteriores: la crisis debida a la pandemia no ha hecho más que agravar las crisis ya existentes. Así que no podemos salir de esta crisis, que es sanitaria, económica, social, política y cultural, sin aliviar la carga de la deuda”.

“No es sólo una cuestión de técnica o de mera solidaridad, aunque esto es importante —instó Zampini— sino una cuestión de justicia. De justicia intergeneracional, porque no podemos hacer que nuestros hijos y las generaciones futuras paguen todos los efectos de nuestros errores, y de justicia espiritual. Tampoco podemos olvidar la deuda ecológica de los ‘Grandes’, principales responsables del cambio climático. Sin embargo, la carga recae en gran medida en las nacio-



nes más pobres. Como las de África”.

“La deuda y la pobreza son primas, van juntas por desgracia”, comentó la hermana Hellen A. Bandiho, secretaria general de Acweca. “Imagínese el número de escuelas que se pueden construir cada año”, explica la monja tanzana de las Hermanas de Santa Teresa del Niño Jesús, “o los pupitres que se pueden comprar para que los alumnos puedan aprender cómodamente en lugar de estar sentados bajo los árboles. Imagínese el número de centros de salud que pueden construirse o mejorarse para que las mujeres recorran menos kilómetros para llegar a ellos”.

“Es ciertamente una cuestión ética —dijo el padre Charlie Chifulya, director de la oficina de Justicia y Ecología de la Jcam—, pero es mucho más que eso. La cuestión es que la permanencia de la pandemia en las periferias del globo, por falta de medios, pone

en riesgo la salud de todos”. En la actualidad, el coste de los pendientes acumulados sería suficiente para vacunar a todo el continente contra el coronavirus. Y sin embargo, subrayó el jesuita zambiano, “esta crisis, que es muy violenta,

también está proporcionando muchas oportunidades de colaboración que nunca antes se habían visto: la gente, como nosotros hoy, se está uniendo para encontrar una solución que promueva la vida en el mundo”. Por su parte, Jaime Atienza, de la ONG Oxfam, llamó la atención sobre el vínculo entre todas las fuerzas que pueden ayudar a mejorar las situaciones de crisis. “Estamos en un momento en el que tenemos que impulsar las finanzas hacia la justicia social”, dijo.

“Todo está conectado. Por eso —continuó— tenemos que trabajar y presionar más para que se adopten medidas más amplias, un mayor impulso a los objetivos de desarrollo sostenible; y crear coaliciones, practicar el ejercicio de la solidaridad con la sociedad civil, los medios de comunicación y los líderes mundiales”.

“La urgencia de la cancelación de la deuda —señaló el jesuita Do-

minic Chai, economista surcoreano que creció en California y trabaja con la Comisión vaticana Covid-19— exige que trabajemos con constancia y continuemos el diálogo entre todos”. Al hacerlo, será posible elevar tanto la concienciación como el compromiso a un nuevo nivel, no sólo en el contexto africano, sino en cualquier región en la que se sienta la carga de la deuda injusta.

Un concepto, el de la universalidad de la acción para la cancelación de la deuda allí donde sea necesario (además de en África, por tanto, también en América Latina, Asia y Oceanía), también reiterado por el cardenal Turkson. ¿Cómo se puede hacer esto en la práctica? En primer lugar, partiendo del modelo “ver-juzgar-actuar”, explicó el cardenal. A continuación, “aplicando la defensa y la presión en dos direcciones: en el diálogo con las grandes instituciones financieras internacionales y en las relaciones con los gobiernos y grupos a nivel local y nacional para garantizar la máxima transparencia de las actividades”. Porque “la persona, como enseña la doctrina social de la Iglesia —concluyó el Prefecto del Dicasterio— tiene una dignidad que no puede ser comprometida: nadie puede ser dejado atrás a causa de la injusticia. Estamos llamados a ser custodios de nuestros hermanos: este es el corazón de nuestra solidaridad”.

En el prefacio escrito por el Papa la pregunta que lleva a trabajar juntos a favor de los más afectados

¿Ver o no ver?

Publicamos a continuación el texto del prefacio escrito por el Papa Francisco al documento «Orientaciones Pastorales sobre desplazados climáticos».

Las Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Climáticos recogen hechos, interpretaciones, políticas y propuestas pertinentes al ámbito del fenómeno del desplazamiento por razones ambientales. Para empezar, les propongo retomar la famosa frase pronunciada por Hamlet, “ser o no ser”, y transformarla en “ver o no ver, ésa es la cuestión”. Todo, de hecho, empieza por nuestro ver, sí, por el mío y por el suyo.

Estamos inundados de noticias e imágenes que muestran a pueblos enteros desarraigados de sus tierras a causa de desastres naturales provocados por el clima, por lo que se ven obligados a migrar. Pero el efecto que tienen estas historias en nosotros y cómo respondemos, si suscitan en nosotros respuestas fugaces o desencadenan algo más profundo, si nos parece algo lejano o las tenemos muy presentes, depende de nosotros, si nos esforzamos por ver el sufrimiento que conlleva cada historia para así “tomar dolorosa conciencia, atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno pue-

de aportar” (*Laudato si'*, 19).

Cuando las personas se ven obligadas a migrar porque el ambiente en el que viven ya no es habitable, nos puede parecer la consecuencia de un proceso natural, algo inevitable. Sin embargo, el deterioro del clima es muy a menudo el resultado de decisiones equivocadas y de actividades destructivas, del egoísmo y de la negligencia, que ponen a la humanidad en conflicto con la creación, nuestra casa común.

A diferencia de la pandemia del Covid-19, que se abatió sobre nosotros repentinamente, sin previo aviso y casi en todas partes, y que nos afectó a todos a la vez, la crisis climática empezó a partir de la Revolución Industrial. Durante mucho tiempo se ha venido desarrollando con tal lentitud que ha sido prácticamente imperceptible, con excepción de unos pocos con visión de futuro. Incluso ahora, sus repercusiones se manifiestan de manera desigual: el cambio climático afecta a todo el mundo, pero quienes menos han contribuido a ello son los que más sufren sus consecuencias negativas.

Sin embargo, al igual que la crisis del Covid-19, el número enorme y cada vez mayor de personas desplazadas a causa de la crisis climática, se está convirtiendo rápidamente en una gran emergencia de nuestra época, tal y como podemos ver casi todas las noches en nuestras pantallas, y que exige respuestas globales.



Me vienen a la mente las palabras que el Señor pronunció por boca del profeta Isaías que, adaptadas a nuestra realidad, adquieren un significado especial: Venid entonces, y discutiremos. Si estáis dispuestos a escuchar, nos aguarda un gran futuro juntos. Pero si rehusáis y os negáis a escuchar y actuar, os devorará el calor, la contaminación, la sequía aquí y la subida de las aguas allí (cf. *Isaías* 1,18-20).

Cuando miramos, ¿qué vemos? Muchos están siendo “devorados” en condiciones que son imposibles para la supervivencia. Obligados a abandonar campos y costas, casas y aldeas, huyen

char, nos aguarda un gran futuro juntos. Pero si rehusáis y os negáis a escuchar y actuar, os devorará el calor, la contaminación, la sequía aquí y la subida de las aguas allí (cf. *Isaías* 1,18-20).

Cuando miramos, ¿qué vemos? Muchos están siendo “devorados” en condiciones que son imposibles para la supervivencia. Obligados a abandonar campos y costas, casas y aldeas, huyen

apresuradamente, llevando consigo tan sólo unos pocos recuerdos y pertenencias, fragmentos de su cultura y de su tradición. Partieron llenos de esperanza, con la intención de volver a empezar desde cero en un lugar seguro. Sin embargo, la mayoría termina viviendo en barrios marginales peligrosamente hacinados o en asentamientos improvisados, esperando su destino.

Quiénes han sido expulsados de sus hogares por culpa de la crisis climática necesitan ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados. Quiénes quieren volver a empezar. Para que puedan crear un nuevo futuro para sus hijos, es necesario que se les permita hacerlo y se les tiene que ayudar. Acoger, proteger, promover e integrar son todos los verbos que se corresponden a acciones útiles. Quitemos, entonces, uno por uno, esos escollos que bloquean el camino de los desplazados, aquello que les reprime y margina, que les impide trabajar y acudir a la escuela, lo que les convierte en invisibles y les niega su dignidad.

Las Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Climáticos nos invitan a ampliar la forma en que miramos este drama de nuestro tiempo. Nos impulsan a ver la tragedia del desarraigo prolongado que hace gritar a

nuestros hermanos y hermanas, año tras año: “No podemos volver atrás y no podemos empezar de nuevo”. Nos invitan a tomar conciencia de la indiferencia de la sociedad y de los gobiernos ante esta tragedia. Nos piden que veamos y nos preocupemos. Invitan a la Iglesia y a demás personas a actuar juntos, y nos explican cómo podemos hacerlo.

Esta es la obra que nos pide el Señor ahora, y en ella hay una inmensa alegría. No podemos salir de una crisis como la del clima o la del Covid-19 encerrándonos en el individualismo, sino sólo “estando unidos”, mediante el encuentro, el diálogo y la colaboración. Esta es la razón por la que me complace especialmente que se hayan elaborado las Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Climáticos, en el marco del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, junto con la Sección Migrantes y Refugiados y el Sector de Ecología Integral. Esta colaboración es en sí misma una señal del camino a seguir.

Ver o no ver, es la pregunta que nos lleva a responder actuando juntos. Estas páginas nos muestran qué necesitamos y qué debemos hacer, con la ayuda de Dios.

FRANCISCUS

ROCÍO LANCHO GARCÍA

El arzobispo de Santiago de Compostela, monseñor Julián Barrio, abrió la Puerta Santa de la Catedral compostelana el pasado 31 de diciembre, iniciando así al Año Jubilar Jacobeo de 2021, un “tiempo de gracia y de bendición” para la Iglesia que peregrina en Compostela y para toda la Iglesia.

La pandemia, evidentemente, ha trastocado todos los planes y previsiones. Pero lo esencial permanece: la Catedral ha abierto su Puerta Santa como símbolo de que el Señor nos sigue llamando a todos a participar en su misericordia. Así lo asegura el arzobispo de Santiago de Compostela en esta entrevista en la que habla sobre el Año Jubilar y en la que recuerda que «la distancia social aconsejada ha de acrecentar la cercanía del corazón en la comunión de la Iglesia, que es una realidad operante y cierta».

El Año Jubilar es siempre motivo de alegría y celebración para una diócesis. ¿Cómo encajar este año Jacobeo en el contexto de la pandemia?

En medio del contexto de la pandemia el Año Santo ha de transmitir un mensaje de esperanza. Iniciar un Año Santo Jacobeo tan especial como este, cuando llevamos meses navegando por las aguas turbulentas del Covid-19, es una oportunidad para redescubrir el sentido de la fe y de la misión cristiana. Es una llamada a la conversión que nos ayuda a renovarnos espiritualmente y proclamar en la peregrinación la buena noticia de Cristo Resucitado. Las palabras del Papa Francisco en la plaza de San Pedro en marzo pasado son aleccionadoras: «El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer

e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is* 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza». Un Año Santo Compostelano es un motivo de alegría y de bendición, de encuentro y de sanación, en el que hay que cultivar la memoria penitencial para liberar el futuro de las propias insatisfacciones o confusiones. Este Año Santo se hacía acreedor de mucha expectativa transcurridos once años desde el anterior. Habíamos empezado a prepararlo fijando nuestra atención en su proyección espiritual. En el mes de diciembre de 2019 presentamos ante los medios de comunicación la Carta Pastoral con la que se convocaba esta celebración jubilar. En la mente estaba la idea de acoger a no pocos peregrinos. El inicio de la pandemia, evidentemente, trastocó los planes y previsiones. Pero lo esencial permanece: la Catedral ha abierto su Puerta Santa como símbolo de que el Señor nos sigue llamando a todos a participar en su misericordia. La pandemia está afectando a la peregrinación. Son momentos en los que hemos de cuidarnos para cuidar a los demás, esperando la posibilidad de peregrinar a Santiago de Compostela.

¿Cómo vivió el momento de la apertura de la Puerta Santa?

Con emoción y con la conciencia de que este don es una gracia del amor de Dios. En la homilía de la Eucaristía de aquella jornada pedí al Apóstol que nos ayudara a que desde aquí, desde este «finis terrae», se fortalezca la esperanza que ayuda a superar la preocupación angustiosa por el

presente, y el escepticismo que dificulta el ejercicio de la caridad, sabiendo que el Año Santo es tiempo para rezar, amar, salir al encuentro de los demás con obras de misericordia, y revitalizar la fraternidad que «permite reconocer, valorar y amar más allá de la cercanía física, procurando que las personas pobres y las más vulnerables tengan siempre la preferencia».

En aquella solemnidad litúrgica, tras entrar por la Puerta Santa, pensé que habíamos comenzado el Año Santo en unas circunstancias especiales en las que había de resaltar la esperanza cristiana que «es audaz y sabe mirar más allá de la comodidad personal de las pequeñas seguridades y compensaciones que acortan el horizonte para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más digna». Y subrayaba que el Año Santo no es una huida espiritualista sino un compromiso para discernir cristianamente la realidad, en medio de la crisis antropológica, espiritual, cultural y sanitaria en la que se han visto radicalmente sacudidas las certezas fundamentales que conforman la vida de los seres humanos. Hacer presente a Dios es un bien para la sociedad.

¿Qué espera de este Año Santo?

Estoy convencido de que va a ser una oportunidad providencial para acercarnos a Dios y proyectar el futuro desde la verdad auténtica del hombre, desde la libertad que respeta esa verdad y desde la justicia para todos. En este momento de incertidumbre y de tanto dolor provocado por la pandemia, con el triste rastro de muertes y afectados que lu-

chan por recuperarse plenamente, la Iglesia ha de ofrecer la certeza de que para los que aman a Dios, todo lo que acontece les sirve para su bien y de que hemos de ver con los ojos de Dios, mirando a la Cruz de Cristo y dejándonos iluminar por la luz de su Resurrección. Se nos llama a hacer visible nuestra fe cristiana encarnándola en tantas personas que necesitan nuestra ayuda y ternura. El Año Santo nos motiva a vivir la caridad y la solidaridad con los necesitados materiales y espiritualmente, practicando las obras de misericordia y viviendo el espíritu del Sermón de la Montaña, pues al final de nuestra vida hemos de entregar a Dios el tiempo y la ayuda que hemos dedicado a los demás.

¿Qué proyectos hay para el año Jacobeo a nivel pastoral?

El plan pastoral parte del supuesto de que el Año Santo es un acontecimiento espiritual. Es el año de la gran perdonanza; y eso no lo podemos perder de vista. Sobre estas bases, hemos buscado caminar con los peregrinos en su peregrinación a la tumba del Apóstol para vivir el encuentro con la tradición apostólica que fundamenta nuestra fe. Este es el objetivo de las dos cartas pastorales que he escrito: «¡Sal de tu tierra! ¡El Apóstol Santiago te espera!» y «La esperanza de peregrinar a Santiago de Compostela». Junto a estas pastorales, hemos preparado una guía espiritual para que los peregrinos se sientan acompañados espiritualmente a lo largo del Camino; y hemos elaborado también varios temas de reflexión sobre lo que es el hecho cristiano y la dimensión espiri-

tual de la peregrinación. Todo este material está a disposición de los peregrinos. Es evidente que si se perdiera esta dimensión espiritual, que ha servido a lo largo de los siglos para configurar la entraña cristiana del peregrino, se estaría desvirtuando el Camino y la peregrinación jacobea. Sin este hilo vertebrador estos se convertirían en realidades inertes. La ruta jacobea ha de seguir siendo un camino que lleve, a través del Apóstol, al encuentro con Cristo Resucitado, calzados con las sandalias de la esperanza.

¿Cómo acogió la noticia de que el Santo Padre prolongaba un año más el Año Santo?

Con enorme gratitud y con el convencimiento de que la sensibilidad del Papa Francisco ante el momento que estamos viviendo es una cariñosa muestra más de su preocupación y dedicación pastoral a la Iglesia universal. Desde mediados del año pasado había hecho llegar al Papa la consideración de que las circunstancias derivadas de la pandemia reducían las posibilidades de peregrinar, y podían aconsejar tal vez una prolongación del Año Santo. Prolongar el Año Santo hasta finales de 2022 es un signo más de la solicitud pastoral del Papa. En Santiago, en Galicia, en España, en Europa y otros continentes esta determinación se ha acogido con gran júbilo.

¿Qué le diría a las personas que querían peregrinar a Santiago en este año y no podrán hacerlo a causa de la pandemia?

Recordarles que el hombre es el único camino que tiene que re-

correr la Iglesia, acompañándolo en todas las circunstancias de su vida. Ahora nos toca vivir en un tiempo incierto, que nos provoca incertidumbres sobre multitud de cuestiones. Lo que no puede este tiempo y esta circunstancia es privarnos de la confianza en la providencia de Dios. Estamos en sus manos. Él recorre nuestro camino y hace la peregrinación a nuestro lado. Como lo hizo Cristo con los discípulos de Emaús, a los que ayudó a interpretar con la luz de las Escrituras los acontecimientos que acababan de vivir con gran desconcierto. La luz de la Resurrección del Señor no deslumbra, ilumina para volver, aunque sea de noche, a la comunidad cristiana y hacer una lectura creyente de la realidad. La distancia social aconsejada ha de acrecentar la cercanía del corazón en la comunión de la Iglesia, que es una realidad operante y cierta.

Es preciso confiar en tantas personas que trabajan en la sanidad. Desde la perspectiva del creyente, trabajar de esta manera, forjando la cultura del cuidado común, es una forma de peregrinar «en espíritu y en verdad». Y así como el peregrino que se pone en Camino, sigue la estela del que va por delante y está pendiente de quien camina rezagado, también ahora, en este momento en que no es posible la peregrinación física en condiciones normales, el peregrino hace la peregrinación atendiendo a la familia, al vecino de al lado que necesita una palabra de consuelo, comprensión o afecto, al compañero de trabajo o a las personas con las que celebra su fe. En todo caso Cristo nos indica el Pórtico de la Gloria. Al Apóstol Santiago le pedimos que desde aquí siga resonando la esperanza, conscientes de que nuestras vidas están tatuadas en las llagas gloriosas de Cristo resucitado.

En la catequesis del miércoles

La Iglesia es casa y escuela de oración

«La Iglesia, que es casa y escuela de comunión, es casa y escuela de fe y de oración»: lo subrayó el Papa en la audiencia general del miércoles 14 de abril, que tuvo lugar en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano todavía sin fieles, con motivo de las medidas para combatir la pandemia del Covid-19. Prosiguiendo el ciclo de catequesis sobre la oración, Francisco profundizó en el tema «La Iglesia maestra de oración».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La Iglesia es una gran escuela de oración. Muchos de nosotros han aprendido a silabear las primeras oraciones estando sobre las rodillas de

cia de la oración merece ser profundizada cada vez más (cfr. *ibíd.*, 2688). El hábito de la fe no es almidonado, se desarrolla con nosotros; no es rígido, crece, también a través de momentos de crisis y resurrecciones; es más, no se puede crecer sin momentos de crisis, porque la crisis te hace crecer: entrar en crisis es un modo necesario para crecer. Y la respiración de la fe es la oración: crecemos en la fe tanto como aprendemos a rezar. Después de ciertos pasajes de la vida, nos damos cuenta de que sin la fe no hubiéramos podido lograrlo y que la oración ha sido nuestra fuerza. No solo la

no para la sociedad misma. Pensemos, por ejemplo, en el rol que tuvo el monacato para el nacimiento y el crecimiento de la civilización europea, y también en otras culturas. Rezar y trabajar en comunidad lleva adelante el mundo. Es un motor. Todo en la Iglesia nace en la oración, y todo crece gracias

Los santos, que a menudo a los ojos del mundo cuentan poco, en realidad son los que lo sostienen, no con las armas del dinero y del poder, de los medios de comunicación, etc., sino con las armas de la oración. En el Evangelio de Lucas, Jesús plantea una pregunta dramática que siempre nos

oración. La lámpara de la verdadera fe de la Iglesia estará siempre encendida en la tierra mientras esté el aceite de la oración. Es eso que lleva adelante nuestra pobre vida, débil, pecadora, pero la oración la lleva adelante con seguridad.

Es una pregunta que noso-

oración. La lámpara de la fe que ilumina, que organiza las cosas realmente cómo son, pero que puede ir adelante solo con el aceite de la oración. De lo contrario se apaga. Sin la luz de esta lámpara, no podremos ver el camino para evangelizar, es más, no podremos ver el camino para crear bien; no podremos

Después de ciertos pasajes de la vida, nos damos cuenta de que sin la fe no hubiéramos podido lograrlo y que la oración ha sido nuestra fuerza. No solo la oración personal, sino también la de los hermanos y de las hermanas, y de la comunidad que nos ha acompañado y sostenido, de la gente que nos conoce, de la gente a la cual pedimos rezar por nosotros

los padres o los abuelos. Quizá custodiamos el recuerdo de la madre y del padre que nos enseñaban a recitar las oraciones antes de ir a dormir. Esos momentos de recogimiento son a menudo aquellos en los que los padres escuchan de los hijos alguna confidencia íntima y pueden dar su consejo inspirado en el Evangelio. Después, en el camino del crecimiento, se hacen otros encuentros, con otros testigos y maestros de oración (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2686-2687). Hace bien recordarlos.

La vida de una parroquia y de toda comunidad cristiana está marcada por los tiempos de la liturgia y de la oración comunitaria. Ese don que en la infancia hemos recibido con sencillez, nos damos cuenta de que es un patrimonio grande, un patrimonio muy rico, y que la experien-

oración personal, sino también la de los hermanos y de las hermanas, y de la comunidad que nos ha acompañado y sostenido, de la gente que nos conoce, de la gente a la cual pedimos rezar por nosotros.

También por esto en la Iglesia florecen continuamente comunidades y grupos dedicados a la oración. Algún cristiano siente incluso la llamada a hacer de la oración la acción principal de sus jornadas. En la Iglesia hay monasterios, hay conventos, ermitas, donde viven personas consagradas a Dios y que a menudo se convierten en centros de irradiación espiritual. Son comunidades de oración que irradian espiritualidad. Son pequeños oasis en los que se comparte una oración intensa y se construye día a día la comunión fraterna. Son células vitales, no solo para el tejido eclesial si-

a la oración. Cuando el Enemigo, el Maligno, quiere combatir la Iglesia, lo hace primero tratando de secar sus fuentes, impidiéndole rezar. Por ejemplo, lo vemos en ciertos grupos que se ponen de acuerdo para llevar adelante reformas eclesiales, cambios en la vida de la Iglesia... Están todas las organizaciones, están los medios de comunicación que informan a todos... Pero la oración no se ve, no se reza. «Tenemos que cambiar esto, tenemos que tomar esta decisión que es un poco fuerte...». Es interesante la propuesta, es interesante, solo con la discusión, solo con los medios de comunicación, pero ¿dónde está la oración? La oración es la que abre la puerta al Espíritu Santo, que es quien inspira para ir adelante. Los cambios en la Iglesia sin oración no son cambios de Iglesia, son cambios de grupo. Y cuando el Enemigo —como he dicho— quiere combatir la Iglesia, lo hace en primer lugar tratando de secar sus fuentes, impidiéndole rezar, e [induciéndola a] hacer estas otras propuestas. Si cesa la oración, por un momento parece que todo pueda ir adelante como siempre —por inercia—, pero poco después la Iglesia se da cuenta de haberse convertido en un envoltorio vacío, de haber perdido el eje de apoyo, de no poseer más la fuente del calor y del amor. Las mujeres y los hombres santos no tienen una vida más fácil que los otros, es más, ellos también tienen sus problemas que afrontar y, además, a menudo son objeto de oposiciones. Pero su fuerza es la oración, que sacan siempre del “pozo” inagotable de la madre Iglesia.

hace reflexionar: «Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc 18,8), ¿o encontrará solamente organizaciones, como un grupo de “empresarios de la fe”, todos bien organizados, que hacen benefi-

tros cristianos tenemos que hacernos: ¿rezo? ¿Rezamos? ¿Cómo rezo? ¿Cómo los loros o rezo con el corazón? ¿Cómo rezo? ¿Rezo seguro de que estoy en la Iglesia y rezo con la Iglesia, o rezo un poco según mis ideas y hago

ver los rostros de los hermanos a los que acercarse y servir; no podremos iluminar la habitación donde encontrarnos en comunidad... Sin la fe, todo se derrumba; y sin la oración, la fe se apaga. Fe y oración, juntas.

No hay otro camino. Por esto la Iglesia, que es casa y escuela de comunión, es casa y escuela de fe y de oración.

Al finalizar la catequesis, antes de guiar la oración del Padre Nuestro e impartir la bendición conclusiva, el Pontífice saludó a los varios grupos de fieles que lo seguían a través de los medios. Estas son sus palabras para saludar al grupo de lengua española.

Las mujeres y los hombres santos no tienen una vida más fácil que los otros, es más, ellos también tienen sus problemas que afrontar y, además, a menudo son objeto de oposiciones. Pero su fuerza es la oración, que sacan siempre del “pozo” inagotable de la madre Iglesia

encia, muchas cosas..., o encontrará fe? «Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?». Esta pregunta está al final de una parábola que muestra la necesidad de rezar con perseverancia, sin cansarse (cfr. vv. 1-8). Por tanto, podemos concluir que la lámpara de la fe estará siempre encendida sobre la tierra mientras esté el aceite de la

que mis ideas se conviertan en oración? Esta es una oración pagana, no cristiana. Repito: podemos concluir que la lámpara de fe estará siempre encendida en la tierra mientras esté el aceite de la oración. Y esta es una tarea esencial de la Iglesia: rezar y educar a rezar. Transmitir de generación en generación la lámpara de la fe con el aceite de la

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española.

Pidamos a Cristo resucitado que nos ayude a mantener encendida la lámpara de la fe, que la renovemos a diario con el aceite de nuestra oración humilde y perseverante, y que nos envíe su Espíritu para poder llevar su Luz a todos.

Que Dios los bendiga.

A los jugadores de waterpolo de Génova

Conservar el espíritu de equipo

El Papa Francisco recibió, el viernes por la mañana 12 de marzo, en la sala Clementina, a los dirigentes y a los jugadores del *Iren sporting Quinto*, equipo de waterpolo de Génova, con ocasión del centenario de su fundación.

En el saludo que les dirigió, el Pontífice dio las gracias a los atletas y a los dirigentes por la visita y por el trabajo en el deporte. «Siempre digo que en el deporte son importantes dos actitudes —dijo el Papa— En primer lugar, el equipo: trabajar siempre en equipo, no en solitario».

De hecho, subrayó, «si no hay equipo, no hay deporte de verdad». Sin embargo, aquellos que «quieren hacerlo solos, al final no hacen nada o buscan su propia imagen, y perjudican» al equipo.

La segunda actitud es «no perder nunca el espíritu *amateur*. El verdadero deporte es *amateur*, al menos, lo mantiene siempre».

Finalmente, el Papa de nuevo dio las gracias, impartió la bendición, y pidió que rezaran por él. El alcalde Marco Bucci, presente en la audiencia junto con el arzobispo Marco Tasca y el auxiliar Niccolò Anselmi, regaló al Pontífice el volumen *Colombo*, de Giovanni Monleone, impreso en 1931 por el Instituto italiano de artes gráficas de Bérgamo.

